

GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.

629863000001 CEJ-XIX
146-6

GAZA MAYOR.

COMEDIA EN DOS ACTOS,

original y en verso

DE

D. RAFAEL VILLALOBOS Y BELMONTE.

Ejecutada en el Teatro Principal de Málaga, en la
noche del 23 de Julio de 1858.



Núm. 24.

Precio 6 rs.

JULIO. 1858.



Málaga: La Ilustracion Española, calle Nueva, núm. 64.

GALLERIA DRAMÁTICA MALAGUENA

GAZA MAYOR.

COMEDIA EN DOS ACTOS

original y en verso

III

D. RAFAEL VILLALBOS Y BELMONTÉ

Esta comedia es propiedad del Autor; quien llamará ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria sea cual fuere su denominacion, sin recibir para ello la competente autorizacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Mayo de 1836, 10 de Abril de 1839 y 4 de Mayo de 1844, y demás leyes vigentes relativas á las propiedades, de las obras dramáticas.

Num. 24

Precio 3 rs.

JULIO 1838

Imprenta de D. Francisco Gil de Montes, calle de
Cintaría, núm. 3.

A LA

SEÑORA DOÑA EMILIA GARCIA-VARGAS.

Al escribir el tipo de mi Cazadora, he tenido muy presente tu belleza, tu discreción, tus virtudes. Por eso, y porque al frente de la primera comedia que doy á luz debe ir el nombre de la persona que mas amo, te dedica este juguete

El Autor.

Monte cercano al Escorial.—1880.

PERSONAGES.

ACTORES.

Nieves.	<i>D.^a Silveria del Castillo.</i>
La Marquesa de Ro- ca-fria.	» <i>Emilia Cabello.</i>
Felipe.	<i>D. Fernando Ossorio.</i>
El Marques.	» <i>Manuel Tormo.</i>
Pancracio.	» <i>Antonio Vico.</i>
César.	» <i>Juan Manuel Arroyo.</i>
Pareja.	» <i>Francisco Constan.</i>

Monteros, Cazadores y Criados de la] Marquesa.

Monte cercano al Escorial.—1580.

ACTO PRIMERO.

Monte.—A la izquierda, la fachada de una casa humilde, con puerta y ventana practicables y colocada en segundo término. Un sendero entre los peñascos y árboles del fondo, el cual se divide en diferentes ramales, á mas ó menos altura, tomando direcciones á ambos lados. Otro sendero á la derecha entre rocas. Asientos de piedra, uno en el centro y otro al lado de la casa; la ventana de ésta frente al público y medio cubierta con el ramaje de un árbol.

ESCENA I.

Felipe, César.

Felipe figura poner una piedra á su escopeta, y con un trapo despues la limpia y carga en seguida que concluye la operacion. César sentado en uno de los asientos de piedra y con el arma entre las manos.

CESAR.
FELIPE.

¿Poneis la piedra?

CESAR.

Al momento;
solo un instante y despacho.

FELIPE.

Y á donde vais buen amigo
á cazar hoy?

CESAR.

He dejado
cerca de la fuentequilla
que nombran de los milagros,
lo menos catorce pares

de perdices; y si alcanzo
á verlas, antes que el Sol
hoy nos esconda sus rayos,
me basta.

CESAR.

¿Os basta?

FELIPE.

Es corriente,
me las cuelgo... y me las traigo.

CESAR.

Siento que mis compañeros
estén por este otro lado,
si no os acompañaría
por veros tirar, que al cabo
de cazador gozais fama
en esta tierra. Han contado
que donde fijais la vista
allí poneis el balazo.

FELIPE. No hay tal cosa.

CESAR.

Probaremos

si en presencia de mi amo
el Marqués de Roca-fria...

FELIPE.

(¡Cielos!)

(Aparte).

CESAR.

Que es aficionado,
haceis, como lo aseguran,
esos prodigiosos blancos.

FELIPE.

¿Servis al marqués?

CESAR.

Si, soy
sobrino de don Pancracio
su Mayordomo.

FELIPE.

¿Y está
el señor Marqués.

CESAR.

Cazando
en esta parte del monte.

FELIPE.

(Demonio!)

CESAR.

Y como que ogaño
hay tanta caza, le vienen
poco menos que á las manos,
y suele matar alguna
que otra pieza; entonces ancho
y orgulloso, nos refiere
que la esperaba en el ángulo
de que se yo que; y qué vino á
por la línea, no sé cuantos;
y que al pasar por el vértice,
en fin, unos terminachos
que él solo entiende. Mi tío,

que es hombre muy ilustrado,
 siempre le dá la razon;
 Yo, como de eso no alcanzo,
 doy la razon á mi tio;
 y de uno en otro rodando,
 sin comprender ni una jota,
 naturalmente apoyamos.
 Ya está el arma lista; con que
 amiguito, yo soy claro,
 me voy.—Esta es mi vivienda,
 si necesitarais algo,
 todavia en ese albergue
 teneis pan, vino, y acaso
 alguna caza en adobo,
 que no todo lo que mato
 en el Escorial se vende.
 Deseaba preguntaros
 quien es una cazadora
 jóven, intrépida, y algo
 huraña, que casi siempre
 la veo en esos picachos,
 y que algun dia, de fijo,
 ó pone la planta en falso
 y se hace ceniza, ó bien
 un mareo...
 No hay cuidado,
 acostumbrada...
 No obstante...
 A vivir entre peñascos...
 ¿No habeis visto alguna vez
 ligera como el relámpago
 cruzar huyendo á una corza
 del cazador inhumano
 que la persigue? Habeis visto
 cual recelosa, arqueando
 el cuello, para mirar
 á su terrible contrario,
 la oreja echada adelante,
 y el hocico levantado,
 sin medirlos con su ojos
 supera cuantos obstáculos
 entorpecen su camino,
 y cuyos remos alados
 se desprenden de la tierra

FELIPE.

CESAR.

FELIPE.

por un movimiento mágico,
 asemejándose á un vuelo
 lo que tan solo es un salto?
 Si.

CESAR.

FELIPE.

Pues entonces ¿por que
 os causá recelo ¡incauto!
 esa jóven cazadora,
 cuando lleva entre sus manos
 una arma, que la defiende
 de los peligros mas árduos?

CESAR.

FELIPE.

Pero, quien es?

No os lo he dicho?

No, recuerdo.

Recordadlo.

Os afirmo que su nombre
 no salió de vuestros labios.

Su nombre importa bien poco,
 es muger, y esto es sobrado.

Ea, me voy: las perdices
 esperan.

Os acompaño,
 si no habeis inconveniente,
 hasta el bosque.

Vamos.

Vamos.

(Se detienen un momento).

¿Y que dicen en la Corte
 de nuestro prudente Carlos?

¡Que Dios conserve! (Se quita el sombrero).

Por muchos,
 dilatadísimos años. (Siguen).

Solo se piensa en parrillas.

Qué, se prepara algun auto
 de fé?

No: en el monasterio,
 como que está dedicado

á San Lorenzo, desean
 que esa figura

Ya caigo.

(Desaparecen por el sendero que empieza en el cen-
 tro de la escena, y sigue por detrás de la casa.)

ESCENA III.

El Marqués, Pancracio. — *Llegan por la derecha.*

MARQUÉS.

¿Será cierto?

PANCRACIO.

Que si es cierto?

MARQUÉS.

¡Que rareza!

PANCRACIO.

Eso decís?

MARQUÉS.

Digo, me parece extraño que una dama de la corte se aventure á dar un pascu tan inconveniente: en fin sabremos quien es, y cuando vuelva al Escorial, al Rey y á todos los cortesanos he de contar los amores de esa dama. ¡Vaya un chasco! Pues no falta ya quien haga señor Marqués, comentarios sobre vuestra caza...

PANCRACIO.

¡Como!

MARQUÉS.

Y no se han equivocado.

PANCRACIO.

MARQUÉS.

¿Sabrán?

PANCRACIO.

Saben que en el monte además de los gazapos y de las perdices, hay otra pieza, del tamaño de una muger, cuyos ojos negros, hermosos, rasgados, os tienen aquí sugeto. Sugeto?

MARQUÉS.

De pies y manos.

PANCRACIO.

Que me cuentas?

MARQUÉS.

Aun hay mas.

PANCRACIO.

La Marquesa ha sospechado... ¡Mi muger!... Esto es muy serio; por la tangente me escapo. Al Escorial?

MARQUÉS.

No, á Madrid.

PANCRACIO.

Hoy haré desesperados esfuerzos, y si consigo

MARQUÉS.

ser dueño de los encantos
de la cazadora, tú
la llevas sin mas reparo
á mi hacienda del Henares.

Yo finjo un fuerte catarro,
viene mi muger, reniega
de la caza y de mis pájaros,
me hecha por añadidura
un pelucon soberano,
y yo me sofoco, y luego
sin mas repulgos, me sangro.
Y un par de dias de cama,
y quince tazas de caldo,
hacen que el Doctor opine
porque el Doctor es un sabio
que me conviene tomar
los puros aires del campo.
¿Me comprendes?

PANCRACIO.
MARQUÉS.
PANCRACIO.
MARQUÉS.

Si señor.
¿Que te parece mi tacto?
Esquisito.
¡Oh! mas que hombre
soy un compás matemático.
Pero volviendo á la dama:

¿que casta de pajarraco
es, no te han dicho?...

PANCRACIO.

Señor,
esos pastores gazañeros,
no dan noticias esactas.
Por lo que arrojan los datos,
deduzco que se presenta
aquí tres veces al año.
Que viene en la compañía
de uno, al parecer criado,
el cual por lo visto, avisa
á ese cazador gallardo
que vive en esta casucha,
y á quien recibe en sus brazos
la dama con gran contento;
que el acompañante en tanto
se adelanta y los espera
en la fuente del Milagro.

MARQUÉS.
PANCRACIO.

Ya se donde está, prosigue.
Que esta mañana temprano

la vieron; que...
 (Aparece Cesar por el sendero que marchó).

ESCENA III:

—

Dichos Cesar.

CESAR.
 PANCRACIO.

(Bajando). ¡Tío?

CESAR.
 MARQUÉS.

Gracias al cielo que os hallo.

CESAR.

¿Que pasa?

MARQUÉS.

Señor Marqués
 llegó el momento, á dos pasos
 teneis á la cazadora.

CESAR.

Si?
 La he visto en el barranco
 donde hace poco matásteis
 la peditiz.

MARQUÉS.

¡Oh! cielo santo!...
 Espera, espera me oriento. (Calcula.)

Es... un triángulo rectángulo...
 viene por la hipotenusa...
 Llego al vértice, doy marro,
 por la penpendicular
 me dirijo, y más abajo...
 perfectamente. Vosotros
 ocultos y no lejanos
 me esperaréis. ¡Pobrecilla, (Yéndose.)
 vas á caer en el lazo!

(Desaparece por la derecha.)

ESCENA IV.

Pancracio; Cesar.

PANC.
 CESAR.

Lo veremos.

PANC.
 CESAR.

¿Tío?

PANC.
 CESAR.

Que?
 Vengo á daros una nueva.

PANC.
 CESAR.

Habla.

Vámonos de aquí.

Pues, que sucede?

- CESAR. ¡Friolera! ¿Sabeis quien es esa dama que en estos bosques penetra enamorada sin duda del cazador?
- PANC. Ni sospechas tengo, ¿tu sabes?
- CESAR. ¡Hay tio ojalá no lo supiera! Se aman, tio, se aman.
- PANC. Pero ¿quien es?
- CESAR. ¡Y le sienta tan bien el trage!-Yo vi como se abrazaron....
- PANC. ¡Eá!
- CESAR. Y se besaron....
- PANC. ¡Caramba!
- CESAR. Y despues de mil ternezas. En fin, tio, yo lo he visto, y me pesa por mas señas.
- PANC. Y quien es? *(Con mucha impeciencia).*
- CESAR. Quién ha de ser... ¡Pobre Marqués!
- PANC. ¡La Marquesa!
- ¿Estás loco?
- CESAR. En vano oculta en toско trage de aldea sus gracias; en vano tapa con rebocillo y montería la noble frente, y en vano su esbelto talle sujeta burdo corpiño, que arroja de la corte las esencias, las que no envidia el cantueso el tomillo y la alhucema. La he conocido: por cierto que la acompaña Pareja su criado.
- PANC. Prevengamos al Marqués, bueno es que sepa...
- CESAR. Como gustéis.
- PANC. ¡Que mugeres! ¡Pues mira que si se encuentran!... No quiero pensarlo: vamos

y discurriremos César
un medio para evitar
esa catástrofe.

CES. Sea.

PANG. Tu avisa á la gente...

CES. Entiendo.

PANG. Que á marchar esté dispuesta;
y yo buscaré al Marqués
y le diré quien es ella.

(Vánse por la derecha)

ESCENA V.

Nieves. El Marqués.

(Llegan por el sendero del fondo derecha, bajando Nieves con
precipitación. El Marqués la sigue.)

MARQUÉS. Eh, no bajas tan aprisa
este maldito escarpado...
Atiende... escucha un recado...
¡ni por esas!

NIEV. ¡Hay que risal!

MARQUÉS. Oye.

NIEV. Decid

(Llega frente á la casa, se detiene, baja la esco-
peta, la apoya en tierra, pero sujetándola siempre
entre las manos, y se vuelve hacia el Marqués.)

MARQUÉS. Muger, para

esa carrera, detente,
que yo te vea defrente.

NIEV. Tengo monos en la cara.

MARQUÉS. Gracias á Dios que llegué (Llega.)
y se há acabado mi susto.
si me despeño...

NIEV. ¡Qué gusto!

MARQUÉS. ¿Con que... gusto?

NIEV. Yá se vé.

MARQUÉS. Si tu no me has de heredar,
á que viene esa alegría,
ni ese gusto?

NIEV. Lo tendria
solo con veros rodar.

MARQUÉS.

¿Es capricho? Vive Dios, que satisfacerle quiero; oíbeam un abrázate á mi primero y aunque rodemos los dos!

NIEV.

De veras?...
(El Marqués quiere acariciarla, y Nieves le dá con la mano y le desviá el brazo que se acercaba á su cara.)

MARQUÉS.

Eh! *(Estáte quieta.)*
¿No hé de hacerte una caricia?

NIEV.

Mirad que á vuestra malicia se opone...

MARQUÉS.

Quién?

NIEV.

Mi escopeta.

MARQUÉS.

Arrogante moro estás.

NIEV.

En el Cárpio nos veremos.

MARQUÉS.

Quiero hablarte.

NIEV.

Y bien, hablemos;

MARQUÉS.

pero tocarme, jamás.

NIEV.

Eres hermosa y discreta,

MARQUÉS.

pero huraña en demasia.

NIEV.

Favor que Vueseñoria.

MARQUÉS.

Vamos, deja la escopeta.

NIEV.

Siendo buena su intencion...

MARQUÉS.

Eso, si.

NIEV.

Pues... no la dejo.

MARQUÉS.

(Aunque me cueste el pellejo

hé de darla un apretón.)

NIEV.

Teneis cara de atrevido,

mi marido no está aquí,

y esta (*La escopeta.*) me defiende á mi

en su ausencia.

MARQUÉS.

Tu marido.

Y quién es?

NIEV.

Un cazador.

MARQUÉS.

Ese, de quien se propala

que pone siempre la bala

donde quiere?

NIEV.

Si señor.

MARQUÉS.

¿Ese que mata á un mosquito

cien pasos de sus narices?

¿El terror de las perdices

de esta tierra?

- NIEV. Cabalito. *(A un lado.)*
- MARQUÉS. No sabes tu lo mejor... *(A un lado.)* (Veremos á ver si pica.) *(Aparte.)*
tu marido se dedica.
- NIEV. A la caza.
- MARQUÉS. A la mayor.
- NIEV. Todavía no ha nevado
no hemos visto ni una res.
- MARQUÉS. No? pues dime lo que es
la pieza que hoy ha cazado.
- NIEV. Que escuchol. ay! ¿Será cierto? lo
Y vos la habeis visto?
- MARQUÉS. Si.
- NIEV. La mató lejos de aquí?
- MARQUÉS. Presumo que no la há muerto.
- NIEV. Algun lazo?
- MARQUÉS. Puede ser.
- NIEV. ¿Es javalí?
- MARQUÉS. Nó!
- NIEV. ¿Corcita?
- MARQUÉS. Es hembra.
- NIEV. Hembra?
- MARQUÉS. Y bonita.
- NIEV. ¿Bonita?
- MARQUÉS. Es una muger.
- NIEV. ¡Caballero! *(Dá un culatazo en el suelo.)*
- MARQUÉS. ¡Ay! *(Se retira un paso.)*
- NIEV. Esa lengua
detened con mas mesura.
- MARQUÉS. La hé visto.
- NIEV. ¿Es una impostural?
- MARQUÉS. ¡Mi Felipe tanta mengua!
Nada te debe extrañar
porque si al hombre le gusta.
- NIEV. ¡Oh! *(Dá otro culatazo en el suelo.)*
- MARQUÉS. *(La escopeta me asusta
sin poderlo remediar.)*
Idos sin mas dilacion:
idos por aquel sendero,
si no quereis caballero
que os deshaga el corazon.
- NIEV. ¡Oh! celes tiene; ya es mia.
- MARQUÉS. *(Se dispone á marchar.)*
Yo lo dejo como estaba.

en tu bien me interesaba,
no lo quieres...

NIEV.

MARQUÉS.

(*Aparte*)—(¡Suerte impial!)
Cruza el bosque presurosa,
sigue la limpia corriente
del arroyo, y en la fuente
que llaman la milagrosa
verás...

NIEV.

MARQUÉS.

¿Qué?
Si entretenido
el ingrato cazador
está!

NIEV.

MARQUÉS.

(¡Felipe!)
Tu amor
vende á otra.
(*En este momento aparece la Marquesa por el sendero de la izquierda, detrás de la casa y seguida de Felipe.*)

ESCENA VI.

Dichos, La Marquesa, Felipe.

MARQUESA.

(*Aparte á Felipe.*)—(¡Mi marido!)
(*Quiere retroceder y Felipe la detiene.*)

FEL.

(*Sigue.*)—(*Aparte á la Marquesa.*)
(*Nieves se vuelve y los vé, como igualmente el Marqués; pero este movimiento se ejecutará después de haber tomado otra direccion la Marquesa, de suerte que no la vean mas que por la espalda.*)

NIEV.

FEL.

MARQ.

NIEV.

(¡Cielos!)
(*Por aquí.*)
¿Qué tal? (*A Nieves con intencion.*)
¿Tenerme no puedo!

Se apoya en la escopeta reclinando la frente sobre las manos que tiene en la boca del cañon.

(¿Felipe?)

MARQUESA.

FEL.

MARQUESA.

FEL.

(¿Qué?)
(¡Tengo miedo!)

(*No temas, sigue.*)
(*La Marquesa y Felipe se internan [de nuevo en el bosque por una senda mas alta de la que trageron, pero en el mismo lado.]*)

NIEV.

¡Ay de mí!

ESCENA VII.

Nieves. El Marqués.

MARQ.

¡Qué descaro!

NIEV.

¡Qué imprudencial!

MARQ.

No lo acierto á comprender.

NIEV.

Venir con una muger

aquí mismo, á mi presencia!

¿Y tengo un arma en la mano

y en el tiro confianza,

y no apelo á la venganza

con un hombre tan villano!

(Se coloca sobre unos peñascos del fondo y observa.)

MARQ.

*(Será capaz, vive Dios,**de hacer algun desatino.)*

NIEV.

Desde aquí se vê el camino.....

Ahí.. por allí van los dos!..

MARQ.

Y es muy bella la aldeana.

NIEV.

La habeis visto?

MARQ.

No la ví;

pero lo presumo.

NIEV.

¿Si

será?....

MARQ.

Quién?

NIEV.

¡Cielos!... Susana. *(Baja.)*

MARQ.

Una muchacha que habita

allá bajo, gorda y tosca?

NIEV.

Sí.

MARQ.

Colorada, muy fosca,

que presumé de bonita?

NIEV.

Sí, tiene el mismo recorte.

MARQ.

Esta es mucho mas delgada,

yo sé además, que es criada,

no en el campo, si, en la corte.

NIEV.

¿Es dama de alto linage?

MARQ.

Casi tanto como el mio;

y en que lo sepas confío

luego.

NIEV.

¡Me ahoga el corage!

- MARQ. A la fuente irán ahora,
y quien sabe si despues...
- NIEV. ¿Y no he de saber quién es
esa vívora traidora?
- MARQ. ¿Cómo averiguarlo?
- NIEV. (*Poseída de una idea.*) ¡Ah!
- MARQ. Nada, siguiendo su pista;
voy tras ellos.
- NIEV. No, la vista
tal vez os engañará.—
Esperad; ván á la fuente....
(¡Dios mio, dadme valor!)
Pero el camino mejor
es aquel. (*Señala desde la esquina de la casa, pri-
mer bastidor de la izquierda.*)
- MARQ. ¿Aquel de enfrente?
- NIEV. ¿Si Vueseñoría acierta
á ver el rostro á esa dama...
- MARQ. Te dirá como se llama,
conozco...
(*Nieves coge al Marqués por la mano y le dice con
intencion muy marcada.*)
- NIEV. ¿Aun cuando esté muerta?
- MARQ. (*El Marqués admirado esclama con temor.*)
- NIEV. ¿Qué piensas hacer?
- MARQ. Por qué me lo preguntais?
- NIEV. Por... nada.
- Temblando estais...
¿Y no tiembla una muger!
Quisisteis... haciendo alarde
de valor, rodar conmigo,
y se vende por amigo
de una muger... un cobarde!
- MARQ. ¡Villana!
- NIEV. Mientes! Apenas
lo que voy á hacer concluya,
verás que es como la tuya
la sangre que hay en mis venas.
Este traje que en mi vés
es una pura ficcion,
lo llevo por precaucion.
- MAR. ¿Qué escucho?

ESCENA VIII.

Dichos, Pancracio.

(Llega por el sendero del fondo derecha y baja á la escena precipitadamente.)

PANC. Señor Marqués?

MARQ. ¡Pancracio!

PANC. Sin fuerzas llevo;

y si es tiempo, menos mal.

Vámonos al Escorial

señor Marqués, se lo ruego.

Si?

(¡Marqués!)—(Vuelve á observar desde las peñas del fondo.)

Pero, que pasa?

Con certeza no lo sé;

por el pronto, le diré

que está mejor en su casa.

Su presencia allí interesa,

con que, vámonos allá.

Pues, que sucede?

(Con misterio.)—Aquí está.

Quién?

La Señora Marquesa.

Pero... en mi busca?

Lo ignoro.

Acaso, celos?

Tal creo.

Vámonos dando un rodeo.

No, primero es mi decoro. —

De aquí no debo partir

porque está mi honor manchado.

Prefero á verme ultrajado,

mil veces antes morir!

¿Y si viene?..

Aquí la espero.

Pero advertireis señor,

que vá con el cazador....

Quién?

La Marquesa.

PANC.

MARQ.

PANC.

MARQ.

PANC.

- NIEV. (Pero ¿porqué habrá venido con ese traje?)
- MARQUÉS. ¿Por que te detienes?
- NIEV. (*Sin oírle.*) (Ya lo sé, por guardarse del marido.)
- MARQUÉS. ¿No les tiras?
- NIEV. Han pasado.
- MARQUÉS. ¿Han pasado?
- NIEV. Ya lo veis.
- MARQUÉS. Pues entonces...
- NIEV. Que quereis, de parecer he cambiado.
- PANC. (Lo celebro.)
- MARQUÉS. Al fin muger; es decir, al fin veleta... Lo que no hizo tu escopeta la mia lo sabrá hacer.
- NIEV. (*Se dispone á tirar.*) Oh!... tirarles no he querido, que he pensado, y no me pesa, que si él vá con la Marquesa, yo... me iré con su marido.
- MARQUÉS. ¿Te avienes?... (*Con alegría.*)
- NIEV. A tu deseo.
- MARQUÉS. Huirás conmigo?
- NIEV. Mañana.
- MARQUÉS. Verás como á esa aldeana la mando...
- NIEV. ¿A donde?
- MARQUÉS. A paseo. Se ahuyentaron mis pesares, no la haré caso, lo juro. Tu irás á lugar seguro, á mi hacienda del Henares. No, á la corte.
- NIEV. (Es ecsigente.)
- PANC. Quiero lucir y bailar... y en fin, hacerle rabiár á mi marido.
- MARQUÉS. Corriente.
- NIEV. Que nos vea en el paseo, y en tus salones despues.
- MARQUÉS. ¡Que gusto!

- PÁNG. *(Pobre Marqués!)*
 NIEV. Perdona si te tuteo.
 MARQUÉS. Es mi fuerte la franqueza;
 y en prueba... venga un abrazo.
 NIEV. Vaya! *(Se sorprende; duda y al fin le abraza.)*
 MARQ. *(A Paneracio.)* Dime si no cazo pronto, bien y con limpieza.
 NIEV. Basta, los abrazos breves.
 MARQ. No.
 NIEV. Sí, mientras se enamora.
 MARQ. Dime bella cazadora: ¿cómo te llamas?
 NIEV. Yo soy Nieves.
 MARQ. De nieve eres.
 NIEV. No, de hueso
 y carne, así como tú.
 MARQ. Que me lleve Belcebú si no es nieve todo eso.
 NIEV. Vaya, tu tienes antojos.
 MARQ. Natural.
 NIEV. Y es cosa rara.
 MARQ. Hacer de nieve unacara y de azabache los ojos.
 NIEV. ¡Oh! que bien me galanteas!
 MARQ. Tú mereces mucho mas.
 NIEV. ¿Y si me olvidas?
 MARQ. Jamas.
 NIEV. Me lo temo.
 MARQ. No lo creas.
 NIEV. Si no fueras atrevido, casi te permitiría venir en mi compañía, mientras llega mi marido.
 MARQ. Yo te sabré respetar.
 NIEV. La escopeta llevaré por si acaso.
 MARQ. Para qué?
 NIEV. No, no, la puedes dejar.
(Nieves desde la esquina de la casa dirigiéndose a la campiña, toca un silvato, que llevará pendiente de la cintura.)
 NIEV. Que haces?
 NIEV. Nada; son señas.
 MARQ. *(Se oyen dos silvidos lejanos.)*
 Contesta.

NIEV.

Viene al instante.
Vámonos... Irás delante,
por si acaso te despeñas.

MARQUÉS.

Pancracio, sin detención
marcha, y dispon en seguida
todo para mi partida...
(Y el coche de prevención.)

(Aparte á Pancracio. Vase por el sendero del
fondo derecha.)

ESCENA IX.

Pancracio.

Le ha trastornado los cascos
esa linda cazadora.
Pero, como, ni se acuerda...
y por cierto que me asombra,
de sus curvas, y sus ángulos,
y sus... ¡Verdad que es hermosa
la tal Nieves!... Y que suelta,
y que decir, y que cosas...
Imposible que esa jóven
haya nacido entre rocas.
Aquel aire, aquel mirar,
aquella intencion diabólica...
¿Si será alguna hechicera?
Bueno será que yo ponga
en conocimiento del
santo oficio, esta tramoya,
y que la tueste por bruja:
antes que peligro corra
el alma de mi Señor
el Marques, cuya custodia
el tribunal le confia
á mi cristiana persona.
Quiero esperar sin embargo
para convencerme en forma
á que llegue la Marquesa
y el Cazador. Esa es otra.
En casa mucho rosario,
y viene por estas lomas,
con escusa del marido

á ver el galan... ¡oh! prójimas,
¡Hijas de Eval...

ESCENA X.

Pancracio, Pareja.

*Atraviesa Pareja el teatro saliendo por el sendero de la izquierda
detras de la casa; en el centro reconoce al Mayordomo. Continúa,
y cuando lo llama Pancracio, se vuelve y con acento misterioso le
dice las últimas palabras marcándolas antes con la accion.*

PAR.

(¡Pancracio!)

PANG.

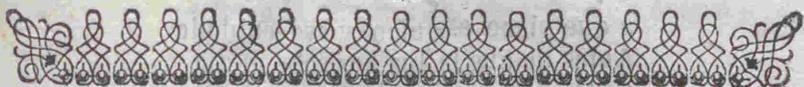
¿Eh, Pareja? (Le reconoce y le llama.)

PAR.

Punto en boca!

(Después de un momento sigue su camino y baja el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

Felipe, Maria.

Llegan por detras de la casa.

FEL.

Llegar puedes, Maria:
Nieves á tu marido habrá alejado,
pues comprender debia,
que habiendo por aquí los dos pasado
sin dirigirle la palabra, era
por el inconveniente
de que el noble Marques no conociera
en estas breñas y con ese traje
á su amable y hermosa compañera.
Felipe, estoy cansada, harto rendida,
é impaciente tambien; el sol avanza
y temo si cumplida
no será á este dia mi esperanza.

MAR.

La marcha de Pareja
tranquilizarte debe;
del pensamiento aleja
los temores; volviendo tu criado
no comprendo, Maria,

FEL.

- á que viene ese afan y ese cuidado.
 Antes de que la luz nos robe el dia
 yo te acompañaré, bella serrana,
 hasta el camino en que tu coche espera;
 así podrá mañana
 á la Reina servir, su camarera.
- MAR.** Temo, Felipe, y por tu vida temo.
 La corte es tan veleta
 que pasa de un extremo al otro extremo;
 y estoy ¡pardiez! inquieta,
 porque tiene sobrados enemigos
 en la corte el de Alba: acaso, acaso
 los que fueron testigos
 en Flandes de su gloria,
 esos deprimen mas hoy su memorial
 Ingratos!
- FEL.** Es verdad, el Duque ausente...
MAR. desterrado, conoce los profundos
 males del Reino, y calla.
- FEL.** Es imprudente
 llegar hasta el monarca de ambos mundos
 con quejas y consejos;
 quien tanto abarca, en su sapiencia suma
 se rie de consejas y de viejos:
 le basta una cabeza y una pluma.
- MAR.** Reveses de fortuna experimenta,
 acaso de su orgullo productores,
 y sin tener en cuenta
 que yacen sus más fieles servidores
 ó presos ú olvidados,
 atento el Rey, escucha
 consejos de ignorantes ó malvados.
- FEL.** ¿Dices que en Portugal, el Prior de Ocrato
 es praclamado Rey?
- MAR.** Huso Antonio,
 por las ciudades vá, le victorean:
 pero un fraile ¿qué hacer?
- FEL.** Son el demonio;
 y luego, si los nobles lo desean...
 Parece que escucho
 un rumor por aquí... (Señala á la derecha.)
- MAR.** Será que el viento...
FEL. No, calla; para viento es mucho;
 permíteme un momento.

(Toma la escopeta que dejaría á un lado y vá á la derecha.)

La hojarasca se mueve.

MAR.

Ay! ven.

FEL.

Espera;

un bulto veo allí. (Prepara la escopeta.)

MAR.

Si algun espia...

FEL.

No, que muera,
y sabremos quien es. (Apunta.)

PANC.

(Dentro.) Ay! madre mia!

FEL.

Es un hombre, no temas.

MAR.

Ahí te dejo
solo con él. (Entra en la casa.)

FEL.

Acá; porque supongo

(Figura hablar con él de afuera.)

que no te encuentras mal con tu pellejo.

No pienses en huir, ¡que disparatel! (Pausa.)

Por mi vida, traidor, que andas reacio,

y te empeñas al fin en que te mate!

(Movimiento de Felipe.)

PANC.

No, no, piedad, señor, piedad! (Llega.)

MAR.

(Paneracio.)

(Desde la ventana de la casa.)

ESCENA II.

Felipe, Paneracio, la Marquesa, en la ventana de la casa, asomada y medio oculta.

FEL.

Alza, y responde á las preguntas mias;
pero di la verdad, te lo prevengo.

Escondido ¿que hacias?

PANC.

Señor... (¡Que miedo tengo!)

Franco seré mas que me cueste caro.

FEL.

Habla.

PANC.

Hánme dicho
que con humilde traje de aldeana,
al fin capricho raro,
peró que yo respeto esé capricho,
apareció en el bosque esta mañana
una Marquesa...

FEL.

Y bien!

PANC.

Y se decia
que era jöven y hermosa,
y en fin, que era la esposa
del ilustre Marqués de Roca-fria.
(¡Cielos!)

MAR.

FEL.

PANC.

Seguid.

Yo cómo

en esa casa el pan: soy nada menos
que un triste, pero hourado mayordomo.
Muévense con las lenguas la malicia,
y acaso de la cosa mas pequeña,
el vulgo con justicia ó sin justicia,
en formar calendarios hoy se empeña,
y arroja por el lodo,
el honor de esa dama.

He dicho en un resúmen casi todo.

Solo me falta ahora

decir, que interesado aquí he venido
á ver si en realidad es mi señora,
y advertirla que está aquí su marido.

FEL.

PANC.

¿Tu has visto á esa muger?

Verla no pude
porque al salir de mi escondite, ella
en vuestra casa entró.

FEL.

(No sé si dude...)

Pues bien; ya que tu estrella
te trajo por aquí, con intenciones
de prestar un servicio
á la que el pan te dá, nobles razones
que alcanzará tu juicio,
alejan de mi pecho todo encono.
¿Que pudiste oir?

PANC.

FEL.

PANC.

FEL.

Nada.

¿Lo juras?

Cien veces lo jurára.

Te perdono

la vida; y en pago á tu franqueza
verás á la aldeana
que en mi casa se oculta, á la belleza
y gala de estos montes,
á mi bien, á mi amor, á mi Susana.
¿No es la Marquesa?

PANC.

FEL.

PANC.

No.

¡Poder divino!

Y yo dije al Marqués que era su esposa
y por poco comete un desatino. —

La culpa es toda entera.

de César mi sobrino.

Reparar esta falta bien quisiera!

¿mas quien encuentra ahora

al Marqués?

FEL.

PANG.

Por qué nó!

Porque ha marchado
en pós de una discreta cazadora,
amante, enamorado.

¿Tan fácil os parece en la espesura
de un bosque, hallar la huella
del impaciente amor de una hermosura
cuando amor impaciente vá tras ella?

FEL.

PANG.

Pero... ¡cómo! los dos?..

Juntos y amantes

tomaron este rápido sendero

unos momentos antes

de vos aparecer; por lo que infiero...

Pero... ¿hablaban de amor?

FEL.

PANG.

¿De qué hablarian

un jóven caballero

y una muger hermosa?

FEL.

PANG.

Y... ¿qué decian? (*Con recelo.*)

¿Quereis que yo os refiera

palabra por palabra cuanto hablaron?

(*Nieves!*)

FEL.

PANG.

En vano fuera:

solo os puedo decir, que se abrazaron

una... cien veces.

FEL.

PANG.

¿Si?

FEL.

PANG.

Y...

¿Qué mas?

Nada.

Ella marchó hácia el bosque presurosa,
y risueña, y alegre, y... ¿quién sujeta
á mi señor aquí? Siguió á la hermosa
Nieves.....

FEL.

Pero ¿llevaba su escopeta
la cazadora?..

PANG.

FEL.

Si.

Pero está claro,
que el Marqués la abrazó... pues, por sorpresa.

PANC. Qué, no señor, si no puso reparo la chica.
 FEL. (¡Oh!)
 PANC. ¡Si lo supiera, la Marquesa!
 FEL. Con que... no puso... eh?...
 PANC. Todo al contrario.
 FEL. (¡Infame!)
 PANC. El es travieso; ella al principio resistió, ¡canario! pero al fin... ¿qué quereis? el poco seso...
 FEL. Basta seor mayordomo... Id con presteza en busca del Marqués, y prevenirle, respondiendome de ello tu cabeza; que la muger que abrigo en mi casa ¿lo antiendes? es Susana; Susana á quien adoro. Si fiel me cumples, volverás mañana, tuya será esta bolsa y este oro. (*Muestra una bolsa.*)
 PANC. (¡Órol)—Si, si, perded cuidado, haré cuanto decís.

FEL. Marcha!
 PANC. En seguida.
 FEL. Elige, mayordomo afortunado, entre tomar la bolsa, ó dar la vida! (*Vase Pancracio.*)

ESCENA III.

Eelipe, Maria.

FEL. ¿Hás oido? (*Al presentarse la Marquesa.*)
 MAR. Todo.
 FEL. ¿Y bien?
 MAR. Nada temás.
 FEL. ¿Como no!
 MAR. Porque te respondo yo que te vengarás tambien Maria... no sé... en el pecho siento una saeta impía; en fin, de Nieves, Maria, por vez primera sospecho.
 FEL. De tu muger sospechar?
 MAR. Es agravio.

FEL.

MAR.

FEL.

MAR.

FEL.

Merecido
 Oh! yo sé que mi marido
 se contenta con hablar.
 Abrazos no dá la lengua,
 se dan solo con los brazos,
 y ya ves, esos abrazos
 de mi cariño son mengua.
 Suspende tu juicio, que es
 lo menos, aventurado;
 tu ignoras cuanto há pasado
 entre Nieves y el Marqués.
 Dá treguas á tus recelos,
 tu pensamiento suspende:
 ¿si tu honor Nieves no vende,
 á qué vienen esos celos?
 Yo que interesada soy
 no me alarmo por tan poco;
 tu te desesperas... ¡loco!
 cuando yo tranquila estoy.
 Ten calma: conmigo ven:
 yo te juro por los cielos,
 que para vengar tus celos
 tengo recursos tambien.
 Oh! celos!... si, has acertado.
 ¿Por qué es mi Nieves tan bella?
 ¿No sabes que tengo en ella
 mi pensamiento encerrado?
 Si tu supieras, Maria,
 que en medio de mi afliccion
 aun gozé mi corazon
 el placer de la alegria!
 Desterrado, perseguido,
 sin causa justificada,
 viviendo en esta morada
 como si fuera un bandido;
 Rey de esta selva, olvidé
 mis pasados sinsabores
 y en brazos de mis amores
 frenético me arrojé.
 Y olvidando el bien pasado
 por otra dicha presente,
 á Nieves continuamente
 miré risueña á mi lado.
 La llama de amor ardia

en nuestros dos corazones;
 gozaba en mis ilusiones,
 ó como yo padecía.
 Si alguna vez mi memoria
 se remontaba altanera;
 si alguna vez á la esfera
 me encumbraba de la gloria,
 ella con mágico acento
 á un porvenir me alentaba,
 y adoraba, acallaba
 mi ambicioso pensamiento.
 Y tomó parte en mis penas,
 sujetó mi antiguo brio;
 ¡qué no sujetan ¡Dios mió!
 de amor las dulces cadenas!
 Mira el roble, vé la encina,
 y á pesar de su rudeza,
 verás que hay en su corteza
 grabada una cifra doble.
 La suya y mi letra son
 que unidas por siempre están,
 así como juntos, van
 el mio y su corazón.
 Miento, no, no van unidos;
 el suyo se ha separado;
 corazón, te han engañado,
 lo conozco en tus latidos!
 Felipe, ¡por Dios! ten calma,
 sósíégate.

MAR.

FEL.

MAR.

FEL.

MAR.

Bien quisiera,
 y ¡ojalá, que yo pudiera
 tornar el sosiego al alma!
 Haz la seña, y venga aquí
 tu muger: yo te prometo
 que sabrás pronto el secreto
 que la impulsó á obrar así.
 Maria...
 Llámala... Bien.

(Lo hace con un silbato.)

Sígueme, Felipe, ahora,
 y no olvides que te adora
 esta aldeana también.

(Vanse por la izquierda.)

ESCENA IV.

Nieves el Marqués.

(Fondo derecha.)

NIEV.

(No estan... tal vez se hayan ido
¡oh! ¡yo entretendré á este mozo!)

MARQ.

Me ganaste en la bajada. *(Llegando)*

NIEV.

Porque eres Marqués un topo.

MARQ.

Porque de todo recelas.

NIEV.

Porque tu lo quieres todo.

MARQ.

El fuerte reclama un premio.

NIEV.

Tambien lo reclama el flojo.

MARQ.

No se yo como la nieve

que aquí regala el otoño,

no se avergüenza hasta Mayo

al ver en tu lindo rostro

mas encantos, mas blancura

que la que encierran sus copos.

Ni sé yo como las aguas

de ese cristalino arroyo,

que te retrata en sus ondas

y que pasa silencioso,

no echa flores en tu falda,

no murmura un «yo te adoro.»

NIEV.

¿Para que quiero las flores

teniendo tanto piropo?—

Eres galan, como nad

y discreto como pocos.

MARQ.

Tú, bella como ninguna.

NIEV.

¿De veras?

MARQ.

Cierto.

NIEV.

Qué gozol!

No siento mas que una cosa,

y es, que te enamoras pronto,

de suerte, que pongo en duda

la verdad de tus coloquios.

Eres tan hermosa!

MARQ.

Y tú

NIEV.

eres Marqués, tan curioso!

MARQ.

¿Por qué? ¿Por qué me adelanto

si el terreno baja un poco,
y me quedo atrás, si viene
en seguida un promontorio?
Es por la razon sencilla
de que tu vestido es corto,
y muy larga, hermosa Nieves,
la voluntad de mis ojos.

NIEV. Se vé... lo que puede verse.

MARQ. Si, pero cuando hay estorbos,
y el chico tiene dinero,
y vé dulces, y es goloso...

NIEV. Si, pero la confitera
está sobrada de fondos,
y vende caro, ó no vende,
porque en el mundo hay de todo.

MARQ. Malo es que se empeñe el chico
en complacer al estómago.

NIEV. Bueno es que ella lo conozca,
y ponga en la muestra plomos.

(Señala á la escopeta.)

MARQ. Dulces que á la vista agradan
no necesitan de rótulo,
y suelen llegar las manos
donde la intencion da fondo.

NIEV. Manjares hay que á la vista
nos parecen muy sabrosos,
pero cuando esos manjares
le pertenecen al prójimo,
la mano que osa tocarlos
halla casi siempre escollos.

MAR. Lo que no vende el cariño,
lo compra, Nieves, el oro!

NIEV. En la corte, tal vez sea
lo que dices apropósito;
aquí, no teniendo el uno,
se desprecia siempre al otro!

MARQ. La muger aquí y allí
no piensa mas que de un modo,
el asunto es acertar
el flaco que tiene.

NIEV.

¡Cómol

ESCENA V.

Dichos. — (Pancracio que llega apresuradamente por la derecha.)

PANC. ¡Señor Marqués!

MARQ. ¿Qué hay de nuevo?

PANC. Un noticion... y muy gordo.

MARQ. Explícate.

PANC. Ya sabéis

que ese cazador famoso,

acompaña á una serrana

que es el sol de estos contornos.

(¡Mi muger!)

MARQ.

PANC.

No es la Marquesa

como mi sobrino há poco

me dijo.

MARQ.

PANC.

¿No?

No señor.

MARQ.

PANC.

Pues ¿quién es?

Es un pimpollo

de los bosques.

MARQ.

PANC.

¿Qué me cuenta?

Rústico pero garboso.

Una tal Susana...

NIEV.

PANC.

MARQ.

PANC.

(¡Cielos!)

Que es de hermosura un asombro.

¿La has visto?

¿Qué si la he visto?

Vaya; á fé de mayordomo.

Aunque la cara le oculta

el rebocillo gracioso,

el cazador, que es buen chico,

y un hombre de mucho aplomo,

remangó la tela y ví...

¡Silencio!

MARQ.

PANC.

NIEV.

MARQ.

Ahí vienen.

(Me escondo.) (Entra en la casa.)

Vamos tras la cazadora,

por si le dá algun soponcio.—

Esta rés, no se me escapa. (A Pancracio.)

¿De veras?

PANC.

MARQ.

Lo corroboro.

PANC. La caza mayor abunda. (*Con intencion.*)
 MARQ. Pero... no la cazan todos!
 (*Entran en la casa.*)

ESCENA VI.

Maria, Felipe.—Nieves, el Marques, y Pancracio *en la casa.*

MAR. (*En la casa se ocultan.*) (*á Felipe.*)

FEL. (*Ya los he visto.*) (*á Maria.*)

MAR. (*Baja, y no temas.*)

NIEV. (*Dadme* (*En la ventana.*)

fuerzas, Dios mió!

MAR. (*La voz mudando,*

veras como no advierten

nuestro pecado.)

(*Maria queda dando la espalda á la casa.*)

FEL. ¿Qué me importa, serrana,

que me desprecie

la ingrata cazadora

si tu me quieres?

Si tuve celos,

por tu amor, olvidarlos

yo te prometo.

MAR. Las promesas de un hombre

y de un marido,

las llevan en sus soplos

los vientecillos.

Eres muy malo,

y ya me has dicho cosas,

que... vamos... vamos.

Tu tienes mucha lengua,

yo soy palurda;

tu eres dulce, y yo amarga

como la ruda.

No obstante, siento

que al hablar, dulcificas

todo mi cuerpo.

Si amor hace cosquillas,

casi jurara

que amor es lo que guardo

dentro del alma;

porque te veo,

y siento una alegría...
y un cosquilleo...

NIEV.

(¡Ay triste!)

(Desde la ventana de la casa.)

FEL.

Y yo, bien mio,

¿que no sintiera
al ver una serrana
tan hechicera?

Dame la mano. (Se la besa.)

¡Ay!...

MAR.

FEL.

¿Que tienes, hermosa?

MAR.

¡Queman tus labios!

NIEV.

(¡Me vengaré!)

FEL.

Que dicha,

Serrana bella,
es estar á tu lado!

NIEV.

(¡Y estar tan cerca!)

MAR.

Marcharme debo,

que tal vez á estas horas
me echan de menos.

FEL.

No detengo tus pasos.

MAR.

Oh! que bien haces.

FEL.

Pero al menos, permite
que te acompañe.

MAR.

Hasta la cumbre aquella,

te lo permito,

con tal que no me digas

nada al oído;

que hay espresiones,

que me ponen el rostro

de mil colores.

FEL.

No diré una palabra.

MAR.

Entonces vamos.

(Se adelanta para marchar.)

FEL.

¿Pero quien vé ese talle
y está callado?

MAR.

Mira, no empieces.

FEL.

Si tan bella no fueras...
fuera prudente.

La miel de tu colmena

yo robaria,

que el amor es amigo

de golosinas.

MAR.

Felipe amado!

- NIEV. (¡Que martirio!)
 MAR. (Presumo
 que estás vengado.) (*Aparte á Felipe.*)
 FEL. Entre tus manos, llevas
 ¡ay! mi cariño;
 si lo arrojas al suelo
 lo harás añicos;
 si no lo arrojas,
 vuelve por Dios!
 MAR. Mañana.
 NIEV. (¡Ay... que congoja!)
 (*Maria y Felipe desaparecen por el foro derecha.*)

ESCENA VII.

Nieves, el Marques, Pancracio. *Salen de la casa como van marcados: Nieves sin escopeta.*

- NIEV. ¡Me engañaba! ¿á que dudar
 cuando mis ojos lo han visto?
 MARQ. Ambos tienen ¡vive Cristo!
 buen modo de enamorar.
 NIEV. ¿Te han gustado?
 MARQ. Por que no?
 ¡Se han dicho cosas tan buenast!
 Si tu desechas las penas
 algo mas te diré yo!
 El lance es un tanto serio,
 en él juega tu marido;
 déjalo pues escondido
 en las sombras del misterio.
 Olvida tu amor pasado:
 paga desden con desden,
 verás como yo tambien
 soy amante apasionado.
 Verás como tu belleza
 dentro de la corte, alcanza
 una cumplida venganza...
 NIEV. Desde ahora mismo empieza.
 (*Felipe aparece y baja poco á poco.*)

ESCENA VIII.

Dichos, Felipe.

MARQ.

Así, serena y altiva.

NIEV.

El que ingrato te ha ofendido...

No haré caso á mi marido

por muchos años que viva!

Contigo me voy!

MARQ.

¡Oh, suerte!

NIEV.

¿Y si me olvidas? ¡Ay, trisel!

MARQ.

¿Quién Nieves, quien se resiste

á la dicha de quererte?

¿Podré yo mirar con calma

alguna vez tus enojos,

cuando retratan tus ojos

las bellezas de tu alma?

¿Cuándo ¡ay Dios! le fuera dado

á mi memoria olvidar,

ese apacible mirar

y ese acento delicado?

Tu serás, hermosa mía,

mi placer y mi ventura,

mi estrella en la noche oscura,

mi sol en el claro día!

(Felipe está enfrente de la casa y hace señas á Pancracio, que le ha visto para que calle. Pancracio en la puerta de la casa.)

NIEV.

¡Ah, marqués!... Calla, por Dios!

Ay! me ofreces un consuelo,

y no reparas que al cielo

hoy le ofendemos los dos.

Ni yo soy dueña de mi,

ni tu eres libre tampoco;

ya que mi desdicha toco,

déjame morir aquí!

MARQ.

Lágrimas!... con ellas quieres

ocultarme tu desvío...

Insensato yo, que fio

en palabras de mugeres!

Y no comprendo en verdad

como perdonas á un hombre,

cuando desprecia tu nombre

- ajando tu vanidad.
- NIEV. ¿Y qué me importa, que infiel me hiera en lo mas profundo, si no me queda en el mundo mas esperanza que él? El, que es mi único tesoro, mi cariño, mi alegría; él me mata, y todavía amante y ciega le adoro! Acabemos.
- MARQ. Qué pretendes?
- NIEV. Huye conmigo.
- MARQ. Jamás!
- NIEV. Pues no he de volverme atrás de mi capricho, ¿lo entiendes?
- MARQ. ¿No existe un medio que tuerza tu voluntad?
- NIEV. Ni uno solo!
- MARQ. Entonces ápeló al dolo; vendrás conmigo por fuerza.
- (La coge por un brazo.)
- Dejaste el arma fatal en tu casa, y ya eres mia! Ven! (Trata de arrastrarla.)
- NIEV. Me queda todavía la hoja de este puñal!
- (El Marques se retira un poco al ver el puñal en manos de Nieves.)
- Oh!... conocí tu intencion, hartó mala, hartó imprudente! Avanza si eres valiente y te parto el corazon!
- FEL. ¡Bravo! (Se presenta.)
- NIEV. ¡Ah!
- FEL. Pesía mi estrella, que no hiciera yo otro tanto! Cuando hay un hombre que el llanto no le ablanda de una bella, y quiere abusar, por Dios, de su natural poder, le suele al fin suceder... lo que os ha pasado á vos. Con tu virtud has cumplido... (A Nieves.)
- NIEV. Yo.

FEL.

Como era de esperar.

Mas déjame tu lugar
y que cumpla tu marido.
Señor marqués, segun veo,
sois un poco aficionado
á cazar... en lo vedado,
sin ver que en ese recreo
hay sobrada esposicion;
porque se cruza una pieza
y por mucha ligereza
con que se tienda el cañon,
otro que estaba en acecho
la enfila con mas presteza,
y en fin, es lleva la pieza
porque estaba en su derecho.

MARQ.

(Y no poderme vengar!)

NIEV.

Te equivocas; si no es,

(Con mucha intencion para que el Marqués comprenda.)

que me ha cazado el Marqués;
yo me he dejado cazar.

MARQ.

(Ah!)

(Comprendiendo la idea de Nieves.)

NIEV.

(Me vengaré de tí!)

El Marqués me puso un lazo,
yo tropecé, y al porrazo...

MARQ.

Yo presuroso acudí.

NIEV.

Eso es, como acudí...

MARQ.

Y yo la salvé en seguida...

NIEV.

Yo que soy agradecida...

MARQ.

No pudo decir que no.

NIEV.

Me pidió... que la abrazara.

MARQ.

¡Quién niega una baratija!

NIEV.

Y... le abracé...

MARQ.

Cosa es fija.

NIEV.

Y él... me abrazó.

MARQ.

Cosa es clara.

NIEV.

Y luego...

MARQ.

Luego...

FEL.

¡Que mas!

MARQ.

La eché flores...

NIEV.

Muy hermosas.

MARQ.

Y la dije...

NIEV.

Tantas cosas!...

que no olvidaré jamás.

- MARQ. Pues luego...
 NIEV. En el bosque...
 MARQ. Allí...
 NIEV. ¡Si vieras lo que ha pasado!
 FEL. ¿Qué? (Muy impaciente.)
 NIEV. Por poco en un cercado...
 MARQ. La atrapo.
 NIEV. Pero le huí!
 MARQ. Si te esperas...
 NIEV. Yo salté...
 MARQ. Y yo detrás.
 NIEV. Si por cierto.
 MARQ. (¡Me he vengado!)
 FEL. (Estoy despierto
 ó soñando?)
 NIEV. (Me vengué!)
 MARQ. Pues, luego...
 FEL. Hay mas todavía!
 NIEV. Si.
 MARQ. Llegamos á un barranco.
 NIEV. Yo en la maleza me atranco.
 MARQ. Yo salvarla no podia.
 NIEV. Quería salir de allí.
 MARQ. Y yo quise que saliera.
 NIEV. Pero apareció una fiera
 frente por frente de mi.
 Se asustó.
 MARQ. No me asusté.
 NIEV. Y á la primera embestida...
 MARQ. Vos espusisteis la vida...
 NIEV. Si, pero al fin la libré.
 FEL. (¡Ay!)
 NIEV. (Cuanto padece!)
 MARQ. Yo...
 NIEV. En recompensa de aquello,
 me propuso un plan, muy bello.
 MARQ. Pero que no la aceptó.
 NIEV. Ya observaste á tu llegada...
 MARQ. Cuanta fué su resistencia.
 NIEV. ¡Y mayor vuestra imprudencia!
 MARQ. ¡Sois una muger honrada!-
 Pancracio, vamos al punto.
 FEL. Señor marqués, un momento.
 MARQ. Decid.

FEL.

Escuchad un cuento

que os agradará en conjunto. —

Un dichoso matrimonio

vivía en la soledad;

pero en su felicidad

metió la pata... ¡el demonio!

El marido, no era, no,

un hombre como cualquiera;

figuraos pues, que era

un marido... como yo.

La muger, que era un portento

de virtud y de hermosura...

(*El Marqués distraído y casi volviéndole la espalda, y Nieves por el mismo estilo, figurando no mostrar grande atención á lo que dice.*)

Que se yo; se me figura
que no os interesa el cuento.

MARQ.

Os escucho... con placer.

NIEV.

Con grande placer te escucho.

FEL.

El, os interesa? (*Al Marqués.*)

MARQ.

Mucho.

NIEV.

Y á mi, su pobre muger.

FEL.

Vamos, eso ya varia;

si consigo interesar...

NIEV.

Mira, no dejes de hablar

porque el asunto se enfria.

FEL.

Quiero esplicarme con calma,

que la historia lo merece.

MARQ.

(Este mozo, me parece

que ha de hablar derecho al alma!)

FEL.

Para marcar los pasages

con todos sus pormenores,

nosotros mismos, señores,

seremos los personajes.

De la corte desterrado

estaba yo, ¡suerte impia!

pero contento vivia

del bullicio retirado.

Vinísteis vos á cazar (*Al Marqués.*)

con esperanzas felices,

y en lugar de las perdices,

que no supísteis matar,

para aumentar vuestra fama

pensánteis que era mejor

llevar por caza mayor
una hermosísima dama.
Y no fué mal discurrido;
si ella se hubiera prestado,
á mas de haberla cazado,
fuérais, Marqués, apludido.
Pero ignorais, á mi ver,
que mi muger os burlaba,
mientras que yo, me encargaba
de amar á vuestra muger.
(¡Con que es ella!) (Con alegría.)

NIEV.

MARQ.

FEL.

(¡Santos cielos!)
Y al principio, la verdad,
encontré mi voluntad
muy inclinada á los celos.

Mas despues que vuestro labio
dijo la verdad desnuda,
tener de mi Nieves duda...
seria hacerla un agraviol
Felipe!

NIEV.

FEL.

No, no, bien mio, (La abraza.)
conozco tu corazon;
yo respeto tu intencion
y en tu cariño confio.

MARQ.

(Vaya un lance singular!)
Ah! que ideal! Ven aqui!
(A Pancracio.)

Llega, aércate.

PANC.

MARQ.

(¡Ay de mi!)
(Este me las vá á pagar.)
¿Que vistes?

PANC.

FEL.

MARQ.

Yo...
Nada vió.
Pues si me dijo... de fijo,
que la vió.

FEL.

PANC.

FEL.

MARQ.

FEL.

Pues si lo dijo...
Si, lo dije.
Pues mintió!

¿Como es eso?

Muy sencillo.
No, no ha dicho la verdad,
mas ganó la cantidad
que contiene este bolsillo. (Se lo dá.)
No comprendo...

MARQ.

FEL. Ya lo sé.
 MAR. Por aquí! (Dentro.)
 MARQ. ¿Que voz es esa?

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—La Marquesa, César, Pareja, Criados, Cazadores.—
 Varios criados traen perros atrahillados.

NIEV. Vuestra muger.
 MARQ. La Marquesa!
 MAR. Felipe... al cabo triunfó!
 (Le abraza y despues entrega un pliego.)
 ELL. Gracias, Maria.
 MARQ. (Y le abraza!)
 MAR. Querida Nieves...
 NIEV. Maria! (Se abrazan.)
 MARQ. (No comprendo todavia...)
 MAR. Señor Marqués, ¿no se caza?
 (El Marqués coge de la mano á Maria y la dice aparte.)
 MARQ. Señora... una esplicacion:
 yo necesito.
 MAR. Es en vano.
 MARQ. ¿Por qué?
 MAR. Porque esé es mi hermano,
 Felipe de Mondragon,
 MARQ. (Y no haberle conocido...
 ¡qué bestial!)
 MAR. ¿Estás satisfecho?
 FEL. Señores, el rey me ha hecho
 gentil hombre.
 MAR. Oyes, marido?
 FEL. Y me nombra secretario
 del insigne general
 Duque de Alva. — A Portugal
 debo partir de emisario.
 NIEV. Te vas?
 MARQ. ¿Dejas esta tierra,
 FEL. Felipe?
 Mi buen hermano! (Se abrazan.)
 Sí, me manda el Soberano
 que les declare la guerra.

MARQ.
FEL.
NIEV.
MAR.

¡Iré contigo?

Consiento.

Nos abandonan!

Qué quieres,

no servimos las mugeres
para la guerra... y lo siento,
porque si dá en la mania
mi marido de cazar,
ya véis, puede tropezar
alguna liebre....

MARQ.

Maria,

yo te juro por mi amor,
que abandono caza, y todo!

MAR.

Si cazas... de ningun modo
busques la caza mayor!

NIEV.

Severa leccion le has dado. (A Maria.)

Tu tambien la has recibido. (A Felipe.)

Permitid que á mi marido (A todos.)

dé un consejo reservado.- (Lo lleva aparte.)

Buen susto te he hecho pasar... (sonriendo.)

y el mio no fué menor. —

¡Tu dudaste de mi amor...!

Yo de ti llegué á dudar! —

Este aviso áprovechemos,

ahora que en calma estamos,

supuesto que nos amamos,

para que jamás dudemos.

Porque la duda obstinada

tiene, segun lo que toco,

para nuestra paz, muy poco;

para nuestra dicha... nada!

Cuando bien se quieren dos,

y hay bendiciones por medio,

Felipe... no háy mas remedio

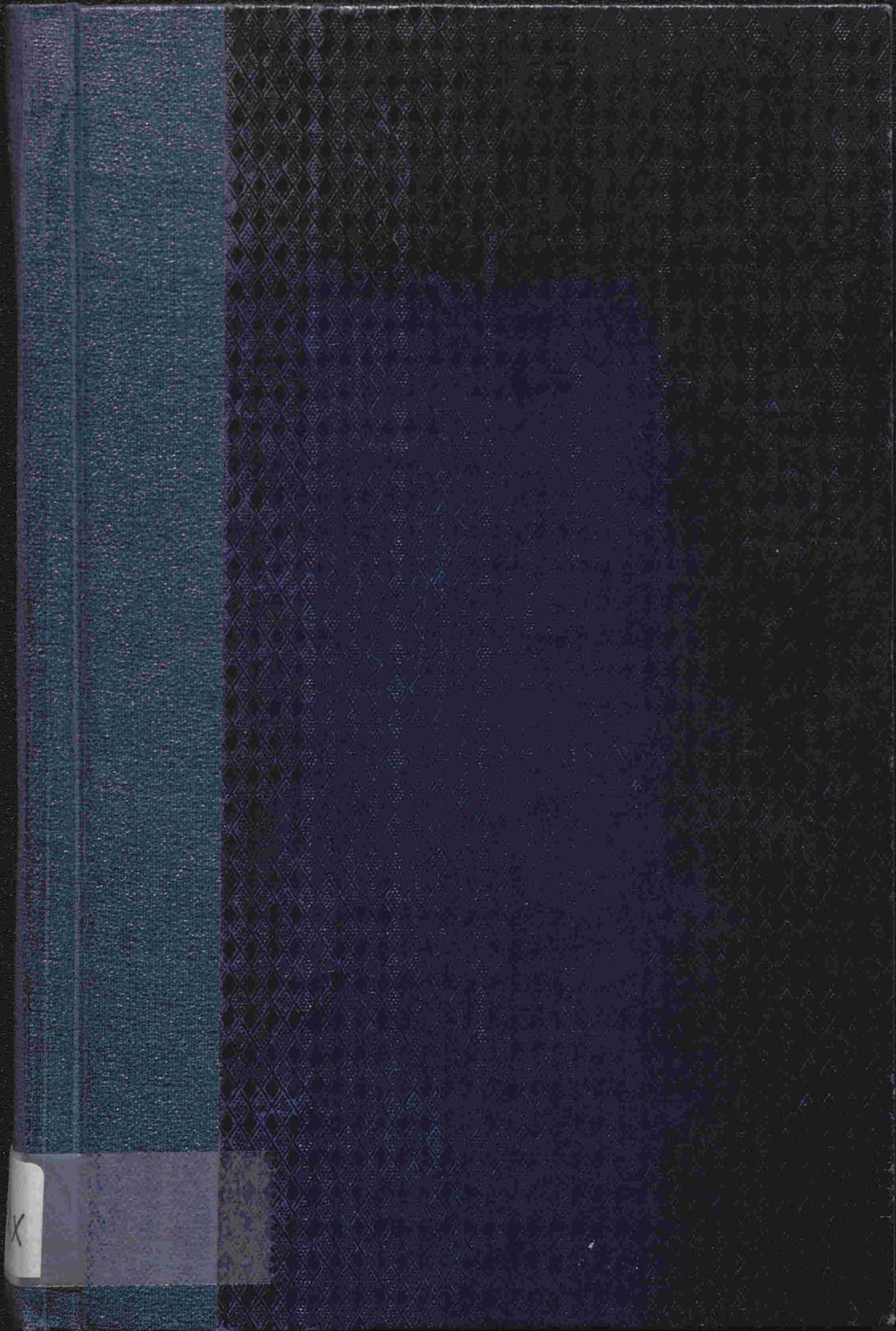
que echarse en brazos de Dios!

FIN DE LA COMEDIA.

ERRATA NOTABLE.

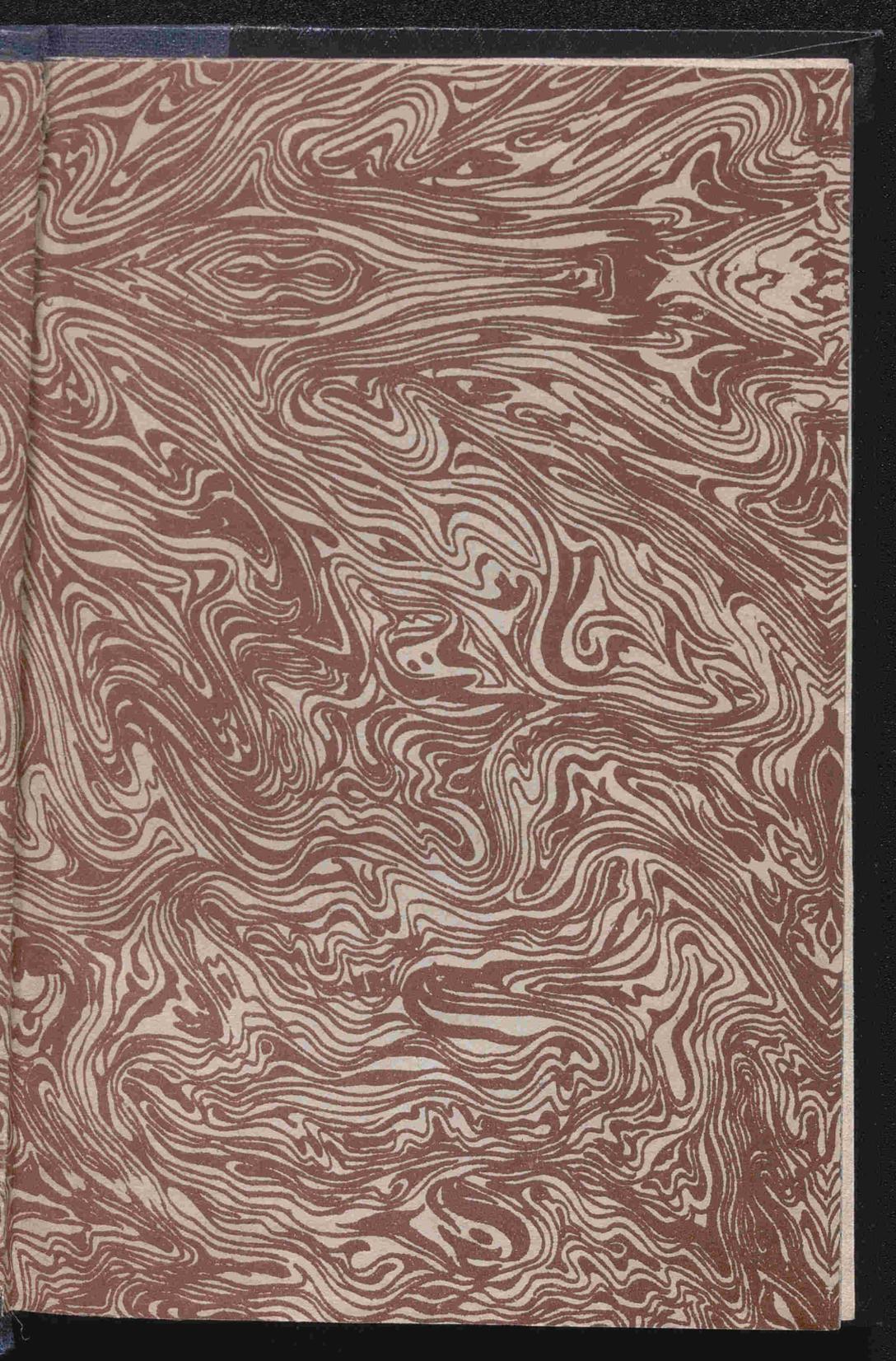
En la página 8, verso 27, dice «de nuestro prudente Carlos?»

Debe decir. — «del prudente soberano»?



X







PL 182180



ERRATA NOTABLES

En la página 8 verso 27 dice «el nuestro prudente»

Debe decir «del prudente sabiduro»

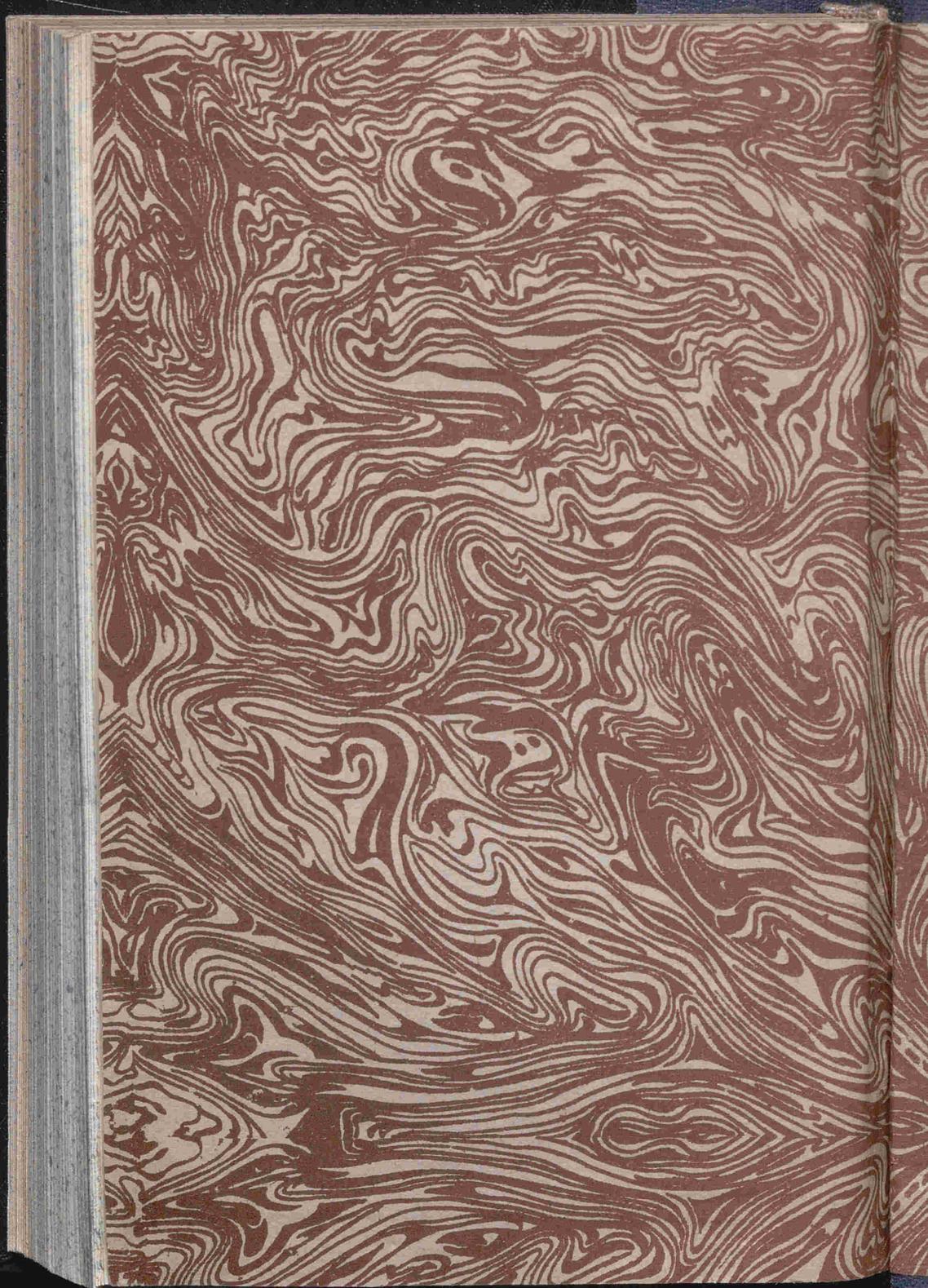


4

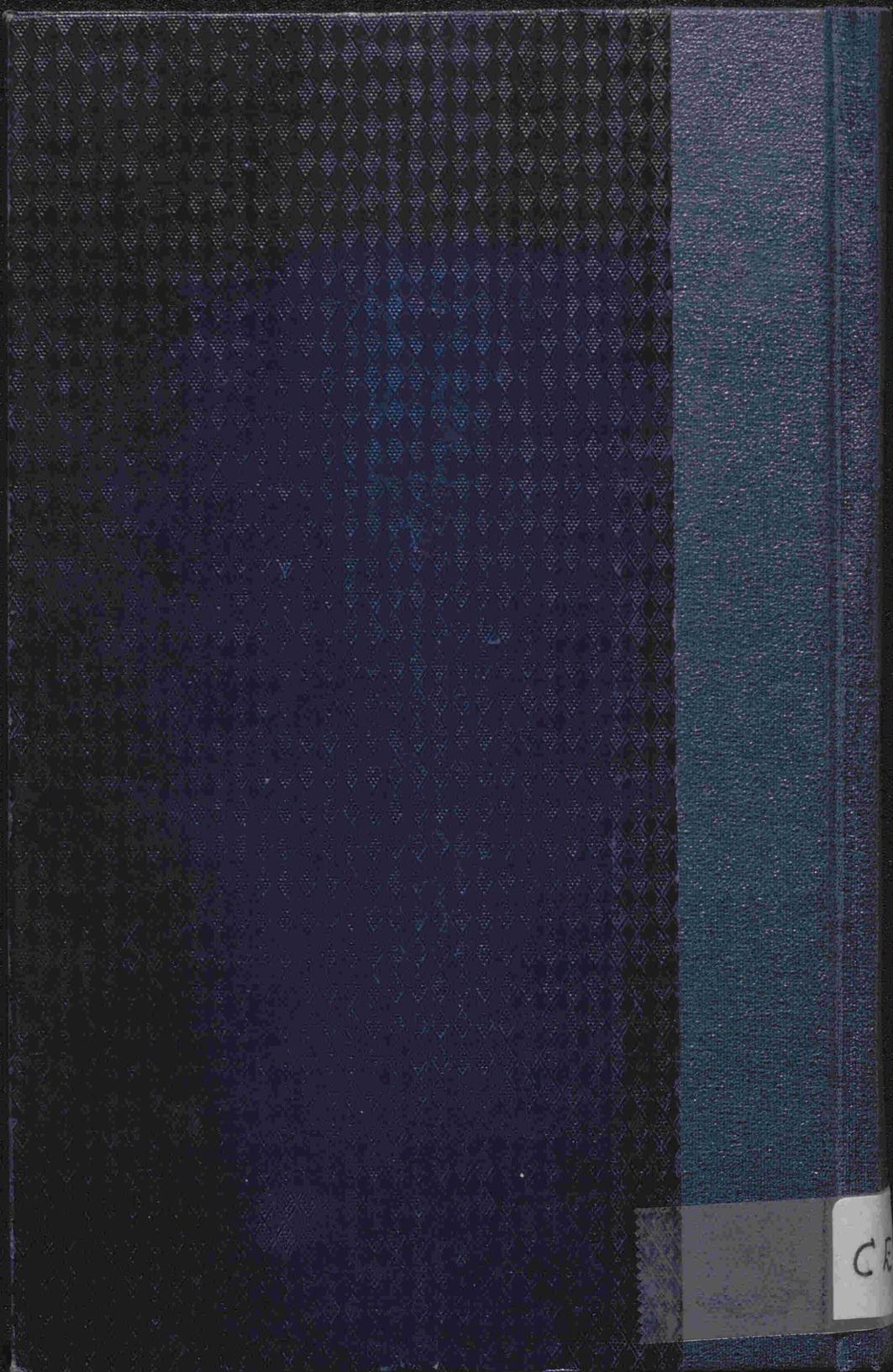
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1910









CR

COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

246

CES-XIX